

# Sobre un pensamiento de Leonardo de Vinci

—Página leída por el autor en el acto literario que se efectuó el sábado 17 de enero de 1925 en el Salón de Exámenes de la Universidad Central de Caracas, con motivo de la III conferencia correspondiente a la serie organizada por el Centro de Estudiantes de Derecho—

Señor Rector, damas y caballeros:

Os agradezco profundamente, por mi parte, vuestra asistencia a este platónico entretenimiento.

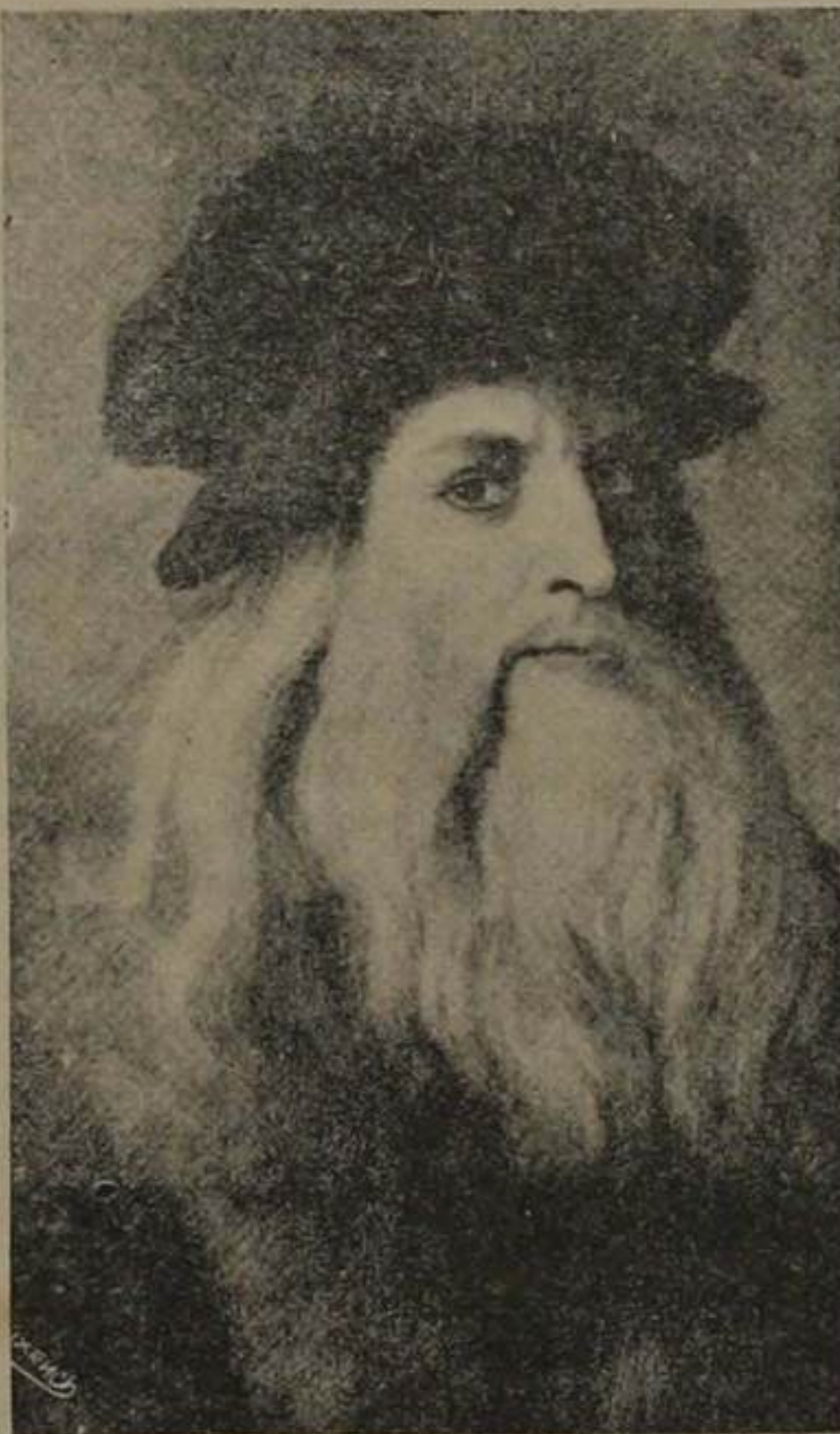
Jóvenes estudiantes:

No soy orador, puesto que, además de otras excelencias, me falta en absoluto el don de exaltar a las multitudes con la riqueza sonora del verbo. Tampoco soy conferencista, porque carezco igualmente de la fértil memoria que, apoyándose en simples notas o apuntes, recorre segura el hilo de una disertación, hasta producir en el auditorio la certeza de que se improvisa sobre un tema. Sencillamente, no paso de ser un lector, como lo veis ahora y lo fui siempre, aun durante mis intermitentes apariciones de aficionado a las letras. En realidad cuanto he escrito para el público han sido glosas de lecturas, ya de libros, ya de los jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días.

Lo que sí es inaudito es que me haya atrevido a aceptar la generosa invitación que, a nombre vuestro, me hizo el excelente poeta y condiscípulo de vosotros, Pedro Sotillo, una tarde en que casualmente nos encontramos bajo uno de los árboles de la Plaza Bolívar, irónicos testigos de tantas ocurrencias caraqueñas. Si vuestro camarada, buen observador como es, se fijó en mí, en ese instante, notaría en mi rostro una súbita vergüenza. Y es que su invitación, para esta incoherente plática, evocaba en mí el recuerdo de que fui un pésimo estudiante de Derecho que, apenas remontaba la cuesta del Código Civil, cayó perezosamente rendido, para entregarse a vanos sueños.

Sin embargo, aunque sin título alguno y non tan poco limpias credenciales estudiantiles, yo me he sentido siempre un poco universitario, siquiera por haber pasado muchas de mis mejores horas de juventud en estos venerables claustros. Hoy mismo, cuando siento caer sobre mis canas la penumbra de los corredores de nuestra Universidad, mi corazón palpita como en lejanos años. Mi mejor disciplina intelectual es aun la que exhalan la sabiduría y la suave sonrisa de mis viejos maestros, tan graves bajo el sombrero de copa y el traje ceremonioso, según uzanza de aquella época, pero tan tolerantes con nuestras bulliciosas locuras, cual corresponde a los que saben descubrir, en la algarabía de un plantel de adolescentes, las voces que se están armonizando para el himno del porvenir.

Otro concepto, de orden ético, adquirí desde entonces, en medio del olor de los nobles árboles de estos patios y del aroma añejo de sus aulas: el de que no sólo es nuestra Universidad la Casa de las ciencias, sino un seminario de la indispensable solidaridad nacional, puesto que, con frecuencia, en sus cátedras, se atan, entre estudiantes venidos de todas las regiones de la patria, vínculos que perdurando durante el



LEONARDO DA VINCI

resto de la existencia, constituyen un venero de comunes recuerdos e ideales, a través del espacio y del tiempo. De manera tal que si fuese posible que nuestra Universidad desapareciera definitivamente un día, con ella moriría la cédula social que mejor mantiene y fomenta uno de los sentimientos fundamentales de la conciencia nacional.

Y a propósito de tiempo, comprendo que abuso del que me ha concedido vuestra benevolencia. Llegó la hora de pedir perdón y de hacerme perdonar de vuestros profesores. ¿Porque, qué dirán ellos y qué diréis vosotros al ver discurrir aquí, en un centro de laboriosos estudiantes, al perezoso discípulo de antaño? Pero vosotros, por vuestra amabilidad, sois mis cómplices y sin duda me guardaréis el secreto de esta desordenada lectura, que he de hacer lacónica, único mérito que recomiendo a vuestra paciencia, acerca de un tema que, que aunque a distancia, creo que tiene alguna relación con las disciplinas en que en breve daréis nuevos lauros al Foro venezolano.

Más enigmático que su propia Gioconda, es aquel inmortal Leonardo de Vinci, cuyos manuscritos tenemos que descifrar con un espejo, donde, refle-

jados a la inversa de como fueron trazados, podemos leerlos según nuestros hábitos occidentales. Pues, por sabido se tiene, que Leonardo escribía de derecha a izquierda, sea porque fuese zurdo, porque le agradase la manera oriental de escribir en esa forma, o bien porque, a causa de las circunstancias de su época y de su carácter, quisiera hacer de ese modo sus doctrinas más discretas o recónditas.

Tanto como contemplando la boca sinuosa de su Monna Lisa y sus ojos ligeramente sesgados y sin cejas, podemos entregarnos a toda suerte de suposiciones al margen de los manuscritos de Vinci, que se guardan en la Biblioteca Laurentina, de Florencia, o en el Instituto de Francia. Tal me ocurrió con aquel apotegma suyo, conciso y geoméricamente delineado, según sus gustos y estudios: «Naturalmente, toda cosa desea conservarse en su esencia». Apotegma que apenas completa, en otra de sus notas, cuando compara el río que corre sin desviar el curso de sus aguas, a la disposición que todo en el universo tiene a mantenerse en la integridad de su ser.

Leonardo, que en la pintura fué el creador del *sfumato*, del claro-oscuro, y que amaba los matices más que el color desnudo, en sus *Tratados* advertía que no los leyera quienes no fuesen matemáticos, porque «él lo era siempre en sus principios». Con esos contrastes espirituales nos revela Leonardo un aspecto de las complicaciones de su alma, en la que se combatían la precisión científica y los métodos extraídos de la experiencia, con el misterio que envuelve la elaboración de la obra de arte y la vida del hombre indagador de su destino.

¡Cuántas cavilaciones no provoca el Cristo de su famosa